

El otro Sabio, el otro saber

Antonio Silvera Arenas

Resumen

En este artículo, el autor tiende un puente para conectar a “el Sabio Catalán”, Ramón Vinyes i Cluet, con aquel cómplice suyo de las tertulias del Centro de Barranquilla, José Felix Fuenmayor, que participa en la aventura literaria de la revista Voces, uno de los grandes exponentes de la letras colombianas del siglo XX, a quien Silvera llama “el Otro Sabio”.

Abstract

In this article the author brings together one of the great writers of the colombian letters of the twentieth century José Felix Fuenmayor “the other wise man” who was one of the most noteworthy exponents of the intellectual enterprise began with the journal “Voces”, with Ramón Vinyes i Cluet “El sabio catalán”, partner and friend of the literary gatherings held in Barranquilla.

No se escribe con las canas sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años.

Cervantes

Los colores de mi cuento —susurró Currés— son las ideas y las sonrisas...

J. F. Fuenmayor

A 120 años del nacimiento de José Félix Fuenmayor y faltando uno para cumplirse cuarenta de su muerte, su figura sigue siendo poco visible en el ámbito de las letras nacionales y de su ciudad natal. Doble desconocimiento que a lo mejor no sería objeto de extrañeza alguna por su parte; pues, los cuatro libros que elaboró a lo largo de su octogenaria edad dan cuenta, en su cantidad, extensión y contenido, del carácter sobrio que lo animaba, no obstante haber dedicado prácticamente su vida entera a esa forma desvergonzada de exhibir el corazón que es la literatura.

Aparte de algunos poemas sueltos, entre otros “La isla” (*Voces*, 1917), cuatro son, en efecto, sus poco divulgados libros y, de seguro —señores editores— no sobrepasarían las seiscientas páginas en un formato estándar: un poemario, *Musa del trópico*, publicado a los veinticinco años; una novela, *Cosme*, dos años después de los cuarenta;

y otra, *Una triste aventura de catorce sabios*, en el inmediatamente consecutivo; así como un póstumo volumen de cuentos, *Con el doctor afuera* (1967), que no *La muerte en la calle*, nombre este con que lamentablemente se publicó en principio y se ha seguido publicando, no obstante la posible intención de su hijo, Alfonso, de restituirlo en la edición de 1973.

Un acercamiento a los estudios existentes sobre su obra deja la misma sensación de parquedad, como si la sobria actitud de sus textos se transmitiera a quienes la conocen, sin permitirles desarrollar, aun a los más convencidos y tenaces, las exhaustivas, pero, a menudo, también, típicas tesis ladrilludas que colman —con sus excepciones— los estantes de las bibliotecas universitarias en sus departamentos de postgrados.

Acaso el juicio de Ramón Vinyes sobre sus dos novelas contribuyó, quién sabe sin quererlo o por una particular compinchería apriorística de los dos amigos, a salvar dicha obra de los asedios, no pocas veces necios, que otras han debido soportar. Recordémoslos:

Sobre *Cosme*:

*Quiere hacer crónica a lo Anatole France y narrar como un sabio que aplica ciencia al cuento: no le resulta. Bien el colegio de la señorita Dora y la semblanza de Cosme.*¹

Sobre *Una triste aventura...*:

*Wells y Anatole France. Confuso. Imaginación, pero no clara porque no tiene una finalidad ni se sabe bien precisamente lo que se quiere decir. El comienzo es interesante.*²

Pues, ¿quién se atreve contra el criterio del legendario sabio catalán? Y, así, dada la ambigüedad de los juicios suscritos, traducibles al clásico “sí, pero...”, nadie se ha atrevido a reconocer la obra de Fuenmayor con la contundencia rotunda que merece, pero tampoco a desecharla en su totalidad.

Lo curioso es que fue el propio Fuenmayor quien desde el comienzo lo quiso así, como queda claro en las “Cuatro palabras” que anteceden a su ópera prima:

No aspiro a ser famoso por mis versos. De ellos no exijo tanto.

Ni siquiera me tomo por lo serio este libro que tiene editor, portada artística, ilustraciones, prólogo, dedicatoria y retrato del autor. Este libro es una chanza literaria.

Lo cual no quiere decir que deje yo de honrar mi arte, malo o bueno pero mío. (...)

Lo que hay es que mi humorista encuentra motivos para sus chacotas en mi sentimental. ¡Y qué he de hacerle si yo, como buen latino, soy Quijote y Panza! ¡Si aquél canta a

¹ Ramón Vinyes, *Selección de textos* 2. Edición Jacques Gilard. Bogotá: Colcultura, 1982, p. 322.

² *Ibíd.*

Dulcinea y éste sabe que la dama del Toboso es Aldonza Lorenzo! En mis viajes sobre el lomo de palo del Clavileño, mientras mi caballero de la Triste Figura siente el abejorreo de las estrellas, mi Sancho abre un ojo...

Sin pretensiones, pues, echo a rodar este montón de malos versos.

Malos versos, he dicho, y mi palabra es sincera porque tengo la modestia de toda mi soberbia. La enormidad de mis ambiciones de arte me hace ver mezquina esta obra (...)

... [Las composiciones que lo forman] estuvieron condenadas por mí mismo a perecer en el fuego. Si no cumplí la sentencia ha sido porque alguna vez que intenté hacerlo, llegué a pensar —tonterías de poeta— que se trataba de...³ una hecatombe, un sartal de asesinatos. Mis versos me parecieron seres vivos.

Cuenta Darío que Orfeo, desesperado, cierta ocasión salió en busca de un árbol del cual colgarse; pero que, cambiando de idea, no se ahorcó pero se casó.

Algo análogo puedo decir yo de mis versos. No los quemo, pero los publico.⁴

La sonrisa, que surge en nuestro rostro desde que captamos la primera línea de esta advertencia, reaparece una y otra vez a lo largo de la lectura de este primer libro de Fuenmayor —no exento, como él mismo dice, de “malos versos”, pero todavía muy legible— y se prolonga hasta la última línea del cuentario con que cerró su vida literaria. Es la sonrisa de la sabiduría, tan lejana a aquel amargo *vanitas vanitatum* del *Eclesiastés*, según el cual “donde hay mucha ciencia hay mucha molestia y creciendo el saber, crece el dolor”.

Será que existen, como propone Erasmo de la locura, dos clases de sabiduría: una buena y otra mala. Pero a esta última convendría llamarla más bien erudición o pedantería.

José Félix, como reza su nombre, es de la estirpe de los sabios felices: de Luciano de Samosata y sus rientes calaveras, del ya nombrado Erasmo y su loada necedad, de Rabelais y sus gigantes insensatos, de Cervantes y sus dos locos lúcidos, de Voltaire, Sterne y Diderot, esos ilustres desconfiados, del mesurado y siempre risueño Eça de Queiroz, del irónico Borges, del humanísimo Rulfo y, como no, del incaico César Vallejo...

Esa es la genealogía de Fuenmayor, prolongada en la de su inmediato heredero, García Márquez, quien sólo logró su auténtica estatura cuando asimiló la lección humorística de este “sabio lego”, de poca erudición libresca, como aquel cuya obra, cuatrocientos

³ En las de por sí poco legibles fotocopias del primer libro de Fuenmayor que aquí transcribo y cuyas señas preciso al final de la siguiente cita, me resultó imposible reconocer la palabra que falta en este espacio. Algún día espero constatar el texto original, aunque sea en el ejemplar descuadernado que descansa, por lo pronto inasequible, en una urna del Museo Romántico de Barranquilla.

⁴ J. F. Fuenmayor, *Musa del trópico*. Barranquilla: Mogollón, 1910, p. ¿?

años después, nos sigue dando bofetadas de sabia humildad. Compárese, al respecto, la obra que precede al contacto del entonces futuro Nobel con el barranquillero. Es, en verdad, creativa y original, pero solemne, grave. Porque ese humor, sin el cual hubiera sido imposible *Cien años de soledad*, no está en Faulkner, su tan nombrado maestro, y, aunque tal vez en Kafka, no se advierte con exactitud en las traducciones. García Márquez se nutrió, como el mismo lo reconoció con entusiasmo, el mismo día en que se publicó aquel “Viejo cuento de escopeta”, un sábado de 1950, de ese saber empírico, sensorial, que representaba el viejo sabio.

En efecto, el viejo Fuenmayor había entendido tempranamente la vanidad del otro saber, ese circunspecto, togado y, paradójicamente, inhumano de las humanidades. Es lo que se puede deducir de uno de esos poemas desconocidos de su adolescencia:

EN LA VIDA

*En vano la razón hondo investiga
En la verdad impenetrable y muda
Que sólo aboca, tras la gran fatiga,
El trémulo fantasma de la duda.*

*¡Desdichado el audaz que la persiga
Del raciocinio a la traidora ayuda!
¡Feliz quien como el bruto sólo siga
El misterioso impulso que lo escuda!*

*Por las ciencias humanas cruza y gira
En círculos eternos la mentira
Bajo trágicos vientos de tristeza...*

*Y mientras yerra el hombre omnisapiente
Que erige dioses, instintivamente
El bruto triunfa en la naturaleza.⁵*

Por eso, ya de una manera mucho más acendrada, en aquella única y triste aventura de catorce sabios, alguno de sus personajes define la propuesta poética civil, humanitaria y antibelicista contenida en sus páginas, contraponiéndola al heroísmo guerrero. Es decir, a esa exaltación de la barbarie que ha caracterizado desde Homero a la línea más exitosa de la literatura y que cuatro años antes había reivindicado Rivera en *La vorágine*:

⁵ *Ibíd.*, pp. 103- 104.

...esos son los cuadros que pinta siempre la brocha gorda del espíritu bélico. Las proezas del paladín, y el menester oficio del jifero, son comunicantes por la carnicería de uno y otras, Peritón. Tanto descuartiza la espada del caballero como el cuchillo del matarife.

Yo te exhorto a que abras un género de heroísmo contrario a aquel horrible de las hazañas marciales y que no alcanzarás por la sola mecánica de tu brazo en un mandoble de barra.

Te invito al heroísmo majestuoso y limpio de aguantar quieto; al heroísmo augusto y triste de conservarte alegre.⁶

Pero tan sencilla propuesta, que invitaba a las aventuras atemporales, desinteresadas y gratas del conocimiento propio, no podía calar entre los “sabios” de un país sitiado por los cipotazos engeguedores de la violencia y del lucro. En medio de estos enemigos, ¿quien se expone, por amor al saber, a dar papaya?:

[Un sabio] sabe pocas grandes cosas que muchos no conocen; y no sabe muchas pequeñas cosas que pocos ignoran. El sabio nos tiene a merced suya en sus dominios ideales; mas cuando “pone el pie en la tierra” queda prácticamente en nuestras manos. Y, créanme, lo último es muy peligroso. Yo al menos prefiero quedar anonadado intelectualmente en una batida metafísica a ser pellizcado, siquiera, pecuniariamente, en una transacción comercial.⁷

De esta manera, para el público desesperado del señor Currés, autor ficticio de *Una triste aventura...*, incapaz de aguantar la lectura de un número de páginas que supere la extensión mezquina y el llano lenguaje de las noticias cruentas que colman los diarios, en el campo de las letras y de la realidad colombiana, se impuso —hasta cuando el prodigio vitalista de *Cien años de soledad* destituyó la impostura— una sabiduría de papel, en la que, junto al efecto rendidor de la vieja fórmula truculencia más grandilocuencia, era más importante la corrección gramatical y el cuidado del bolsillo.

En un país así, no hay diferencias entre los sabios acartonados y los matarifes. Con idéntica severidad matan, cierto es, el jifero y el doctor que elabora constituciones y discursos intachables. ¿Podrá este último entender algún día la leccioncita de la vida misma? He ahí, mister Hamlet, la verdadera cuestión. No perdamos la esperanza, sin embargo. Repitámosela con las palabras elementales de aquel campesino anónimo, que bien pudiera llamarse Sancho Panza:

—Doctor, la cañandongu hace cañandongu, la guacharaca hace guacharaca, la gente hace gente. No hay más, doctor; y hacer lo que hacen sin que puedan salirse de allí es lo que yo creo que es la vida. Es una leccioncita, doctor, cada uno con la suya.⁸

⁶ José Félix Fuenmayor, *Una triste aventura de catorce sabios*. Barranquilla: Editorial Mundial, 1928, pp. 48-49.

⁷ *Ibid.*, p.13.

⁸ José Félix Fuenmayor, “¿Qué es la vida?”. En *La muerte en la calle*. Bogotá: Alfaguara, 1994.